**ÉTICA (PRÁCTICO)**

**SEMESTRE 2022-II**

**PROF. FERNANDO GARCÍA ALCALÁ**

**III CONTROL DE LECTURA**

Charles Taylor *“La libertad de los modernos”*, capítulo IX

**Alumno:** Harry Homer Neira Neyra

“La conducción de una vida y el momento del bien”

En este capítulo, Taylor nos explica que en medio de grandes temas de los cuales debemos tomar decisiones apelando a cuestiones éticas o morales, es imposible tener un “molde” único para tomar una decisión. En este sentido, entiendo que tampoco se puede uniformizar la realidad al respecto de equiparar dos o varias situaciones totalmente diferentes, negando la diversidad que cada una de esas situaciones tiene, incluso en un mismo contexto. Hacer esto, uniformizar, ver un único molde de solución, sería ilógico y –diría yo– contraproducente.

Hay cosas, situaciones, disyuntivas, bienes en general que no podemos *conmensurar* en una sola y única forma posible de solución, de moldear o dar razón de juicio. En este sentido, Taylor nos habla de la inconmensurabilidad respecto a ciertas situaciones o bienes de los cuales tienen un peso que no pueden equipararse uno con otros: *“La palabra «inconmensurabilidad» suele dejarse ver en la discusión de dos tipos diferentes de situación en la vida moral”*. En este sentido, Taylor hace dos buenas distinciones:

(1) La primera se da cuando tenemos que hacer una elección y hay dos bienes diferentes en juego: bienes que son lo bastante distintos para que nos cueste ponderarlos entre sí en una misma deliberación. (2) El segundo tipo de contexto es cada vez más habitual en nuestro mundo. En él debemos comparar de algún modo las exigencias surgidas de las perspectivas éticas de culturas y civilizaciones muy diferentes, y tal vez incluso arbitrar entre ellas. En este caso, solemos esforzamos en vano por encontrar un terreno común de razonamiento que pueda ser aceptado por los integrantes de ambas culturas.

¿Cómo podemos dar una medición objetiva desde una discusión ética y tomar una elección? En ambos casos difícil, aún más en el segundo. Para ilustrarnos mejor al respecto, Taylor nos da dos ejemplos, el de Priscilla y el de un pasaje bíblico en los Evangelios. Ambos casos son muy buenos e interesantes. Me referiré al segundo a continuación.

Al respecto, Taylor dice: *“en ese caso la virtud del acto tiene algo que ver con el peso. El acto de devoción sólo puede encontrar expresión a través de algo de valor”*. La actitud de María de Betania (No es María la Madre de Jesús, sino que se hace referencia a María Magdalena) no es que su acción condenara a la pobreza a muchas personas, sino que fue su opción en el preciso momento porque le dio peso al hecho de que era el único momento que podría tener ese detalle con Jesús, antes de su muerte.

Haciendo un paréntesis al respecto del segundo ejemplo que brinda Taylor, me resulta muy interesante la figura de Judas Iscariote y en donde Taylor representa en él a los socialdemócratas utilitaristas. Yo siempre vi en él la imagen de un subversivo oportunista, un revoltoso de quien significaba de que el fin sí justica los medios. Pero se ve muy aclarador como Taylor lo ha ilustrado y comparado. Claro, se puede aplicar en varios contextos.

En medio de esas decisiones de bienes totalmente diferentes, la tesis de Taylor nos propone:

“es que tenemos a nuestra disposición recursos potencialmente ricos para ayudarnos en esas decisiones, aunque la filosofía moral moderna ha tenido a ignorarlos. Entre ellos se cuenta no solo la articulación de los bienes y de una idea de su importancia relativa, sino también la percepción de la forma de nuestra vida y el ajuste, dentro de ella, de diferentes bienes en distintos lugares y momentos”.

Volviendo a dos ideas de Taylor al inicio del capítulo, en donde nos dice *“que en cierto modo la unidad es algo que podemos buscar en nuestra vida moral. (…) a forjar una concepción plausible del razonamiento moral que refleje tanto su ineludible diversidad como su lucha constante por la unidad”*.

Si bien –nos dice Taylor– la diferencia es necesaria para la unidad. Mi reflexión conclusiva es que considero que realmente la diferencia, la diversidad, es una *condición necesaria* al hablar de unidad. Las diferencias dentro de ella no suponen aniquilar el principio de unidad dentro de una universalidad de códigos y modos de ser de culturas, sociedades, religiones, personas. Son las distinciones y lo diferente y lo diverso que da ese sentido de cohesión dentro de un grupo humano, ya sea cultural, social, político y hasta epistémico. Si no hay diferencias, no hay diversidad, no podemos hablar de unidad, de lo contrario, estaríamos refiriéndonos a uniformidad: todos pensamos igual, nos vestimos igual, nos peinamos igual (y aunque estos últimos ejemplos sean risibles, es real, y en ciertas congregaciones religiosas católicas, lamentablemente). Aunque esto último no tendría mucho de malo, como en los colegios o en la vida militar, ni uno es igual que el otro, por ello no lo preferiría en lo primero (en la vida escolar). He querido aterrizarlo a un contexto diferente, pero no quiero salirme de contexto de la lectura ni tampoco reducirlo a aspectos físicos o de uniformes. Es necesario –y saludable– en nuestra vida práctica, cotidiana y moral, poder mirar la realidad aceptando esa pluralidad y, en medio de ella, lograr la unidad en ese sistema de inter-relaciones que existen. Entiendo en otra parte de la lectura, que mientras más distintos esos bienes, más hay posibilidades de relación y de semejanza. Aniquilar la diversidad, en definitiva, no es opción. Al fin de cuentas la pluralidad, la diferencia, nos enriquece. Aceptar esa inconmensurabilidad nos dará el equilibrio para aceptar la unidad en la pluralidad y la diversidad de bienes para poder tomar decisiones sin necesidad de un molde único para ello, sino, y en cada caso, una decisión diferente.